

su *compañía*; luego al ser conducidos al suplicio le siguieron sus diáconos y sus presbíteros ayudándole á despojarse de sus vestiduras. Tendieron por el suelo pedazos de tela para recoger su sangre, y cuando fué degollado dieron al verdugo veinticinco monedas de oro, á fin de cumplir la última voluntad del santo. Su cadáver fué llevado por ellos en triunfo al cementerio cristiano.

Modificáronse los edictos de Diocleciano en tiempo de sus sucesores, según el carácter de cada uno de ellos. Los suavizó Constancio, aumentaron su rigor Maximiano, Galerio y Maximino. Maxencio concedió al Africa algún reposo, quizá por hacerse adicto un partido de cuya fuerza daba testimonio la persecución de que era objeto. Durante su reinado vemos á Marcelo, obispo de Roma, imponer severas penitencias á los que habían sucumbido en la persecución precedente; rigor que excitó muchas disensiones, de las cuales resultó que el emperador le envió á destierro. Mensurio, obispo de Cartago, dió asilo en su casa á un diácono que había escrito contra el emperador, y rehusó entregarle. Llamado á Roma para dar cuenta de su conducta, fué allí absuelto.

Galerio acreditó mucha más severidad en la Iliria, en la Tracia y en el Asia, así como en Siria, Palestina y Egipto. Y hasta cuando otorgó descanso á la iglesia, Maximino, que administraba en su tiempo, continuó por crueldad y por superstición la matanza de los cristianos, y procuró dar al paganismo lo que le faltaba, una constitución modelada con arreglo á la de la Iglesia. Después de haber reparado y adornado los templos de las principales ciudades, subordinó los sacerdotes de las diferentes divinidades á pontífices encargados de excitar y de producir la idolatría; éstos, á semejanza de los obispos que dependían de los metropolitanos, estuvieron bajo la vigilancia de grandes sacerdotes, que vestidos de blanco y escogidos entre las principales familias, obraban como vicarios inmediatos del emperador. Hizo además que le exhortaran todas las ciudades á seguir más bien la justicia que la clemencia respecto de los cristianos generalmente aborrecidos; y confió la ejecución de sus edictos á los magistrados y á los sacerdotes, que no sólo los expulsaron, sino que los sujetaron á mil tormentos y

áun á la muerte. Acaso pretendía por este medio granjearse la voluntad de la fracción pagana; pero como Galerio se aproximaba á su fin no quiso tener por enemigos suyos á todos los cristianos y aflojó en las persecuciones. Por eso en el año de 310 vemos gozar á Siria de tan gran sosiego que se reedificaban allí iglesias.

No se declaraba, pues, la guerra á los cristianos por sentimiento religioso, ni se les concedía la paz por esa razón tampoco, sino por política; se trataba de aniquilar ó de dar realce á una fracción ya poderosa para mantener en suspensión la fortuna del imperio.

CAPITULO XIX

Apologías y controversias.

Algo existe sin duda más penoso para los propagadores de la verdad que las persecuciones y la muerte, y es la calumnia ó la indiferencia, y ambas sometieron á duras pruebas la paciencia de los primeros cristianos. Juvenal describe uno de sus suplicios con la indolencia del libre pensador que ve dar muerte á fanáticos. Tácito dice, por ignorancia ó por malignidad, que los cristianos formaban una secta odiosa entre las que infestaban á Roma, cloaca de todas las inmundicias. Plinio el Joven no puede creerlos delincuentes, y sin embargo los castiga. Plinio el Viejo, Plutarco, Séneca, Quintiliano, ni siquiera hacen mención de ellos; tampoco los nombra Dion Casio en su larga historia. Pocas líneas les consagra la *Historia Augusta*, también muy extensa. Luciano se burla de ellos absurdamente. Todos los doctos acusan á los predicadores del Evangelio de dirigirse á las mujeres, á los niños, á los esclavos, y de evitar habérselas con gentes ilustradas. «En las casas particulares, dice Celso, se ve á hombres incultos, á toscos obreros, permanecer mudos ante los ancianos y padres de familia. Pero si encuentran niños ó mujeres peroran, dándoles á entender que no se debe prestar oído á padres ni á pedagogos, que dicen despropósitos, y son incapaces de imbuir el conocimiento de la verdad y áun de apreciarla. Alientan á los niños á sacudir el yugo y á acudir, ora al gineceo, ora á la tienda de un lavadero, ora

á la de un zapatero para aprender allí lo que es perfecto.

Complacíanse en ridiculizarles de este modo; mas no deja de ascender el sol á la esfera, porque plazca á algunos cerrar á la luz sus ojos. En balde se quería sofocar ó escarnecer la palabra, pues no por eso dejaba de resonar en todas partes; penetraba en la escuela, era sostenida en escritos notables por su argumentación apremiante; de tal manera, que no fué lícito á las gentes ilustradas descuidar la nueva doctrina que provocaba el exámen y reclamaba justicia.

Ya es poderosa una opinión cuando el partido que puede oprimirla con la fuerza se siente arrastrado á combatirla con razones. Una vez trasladada la cuestión al terreno del debate, pudieron los cristianos admitir el reto, y á la par que los mártires atestiguan la verdad con su sangre, la defendieron los apologistas con su talento.

Fué presentada la primera apología por el filósofo Aristides Quadrato, obispo de Atenas, al emperador Adriano, cuando se hallaba en aquella ciudad para ser iniciado en los misterios de Eleusis. Serenio Grariano, prócansul de Asia, se había dirigido antes á este príncipe á fin de hacerle presente cuán poco conveniente era otorgar á las vociferaciones del vulgo la sangre de tantos inocentes que sólo eran culpables de nombre. Háblale respondió el emperador que no debía dejar sin exámen aquella clase de procesos, pues de otro modo se daría lugar á desórdenes; si bien tampoco se había de prestar oído á quejas confusas ni á vagos rumores, sino á hacer justicia siempre que se acusara á los cristianos de quebrantar las leyes; además ordenaba castigar á los calumniadores. Así no suspendía la persecución, pero aflojaba en ella. Marco Aurelio comunicó instrucciones en igual sentido, determinándole quizá á ello las representaciones de dos obispos, Melitenes de Sarda y Apolinario de Gerápolis.

Después de haber estudiado en todas las escuelas de filosofía sin encontrar la verdad en ellas, Justino de Sichem en Samaria (103-167), abandonó la idolatría por el cristianismo; dirigiéndose á Adriano, á Vero y á Lucio, al Senado y al pueblo romano en una apología, se queja de que sólo los cristianos sean persegui-

dos cuando se toleran tantas absurdas religiones y tantos impostores; de que se les acuse de no seguir los ritos de los gentiles cuando éstos mismos no concuerdan y disputan á fin de averiguar cuál será la víctima y cuál el dios entre los animales.

Aunque el secreto de las asambleas no se revelaba á los profanos, Justino expone á los emperadores la forma del bautismo y de la eucaristía; explica lo que piensan los cristianos en las cosas celestes. El reinado que aguardan, dice, no es de este mundo, porque entonces habrían menester alcanzarle en esta vida; y al revés, van alegres á la muerte que acelera el reinado de Dios. A fin de tocar á este término de sus deseos, se abstienen del mal y hacen beneficios; entre ellos el hombre guarda una continencia, ó si se casa no cree que le sea lícito exponer sus hijos como lo hacen comunmente los gentiles con la aprobación de los filósofos y la tolerancia de los príncipes: «Creemos que sólo los hombres perversos abandonan á sus hijos, ante todo porque observamos que la mayor parte no los educan más que para prostituirlos, pues en todas las naciones se ven millares de niños destinados á malos usos, y que se les cria como á otros tantos rebaños. Sacan de esto un tributo en vez de extirparlo en el imperio, y los que abusan de aquellos infelices, además de cometer un pecado, pueden ser conducidos casualmente á abusar de sus propios hijos.»

Tales eran las costumbres de los romanos bajo uno de sus más sábios emperadores, y sin embargo, no lo revela todo San Justino. Continuaba de este modo: «Por miedo de que perezca un niño expósito y para no ser homicidas, no nos casamos sino cuando está á nuestro alcance criar á nuestros hijos; y cuando renunciamos al matrimonio guardamos una continencia perfecta. Además, para que veáis que no hay en nuestros misterios las iniquidades que se nos han atribuido, uno de los nuestros en Alejandría presentó una súplica al gobernador Félix para que permitiera á un cirujano hacerle eunuco, diciendo ser necesario este permiso. Félix no quiso proveer sobre esta demanda, y el jóven que se la había dirigido quedó satisfecho en su conciencia.»

Por último, como convenia justificar á los cristianos en lo relativo á sus asambleas y ce-

remonios, San Justino no se abstiene de revelar el secreto de ellas, aunque no fuera lícito por lo regular mencionarlo ante los que no profesaban la religion cristiana. En esta forma explica el bautismo: «Ahora daremos á conocer como somos consagrados á Dios y renovados en Jesucristo, á fin de que no se piense que lo tenemos oculto con malicia. Aquellos que se convencen con nuestra doctrina y prometen hacer una vida arreglada á lo que ella prescribe, están obligados por nosotros á ayunar, á orar, á pedir á Dios la remision de sus pasadas culpas, y nosotros ayunamos y oramos con ellos. En seguida les conducimos á un sitio donde hay agua, allí son regenerados cual nosotros lo hemos sido; para esto se necesita ser lavado en el agua en nombre de Dios, padre de todas las cosas, y de Nuestro Señor Jesucristo crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y del Espíritu Santo que predijo por boca de los profetas todo lo referente á Jesucristo. Llamamos á este baño iluminacion, porque en él se iluminan las almas.

«Admitido como hemos dicho el nuevo fiel despues del bautismo, es conducido por los otros hermanos al lugar de nuestra Asamblea para orar en comun con recogimiento, tanto por ellos como por el iluminado, y por todos los demas fieles, cualquiera que sea el país donde se hallen, á fin de que habiendo conocido la verdad nos sea dado alcanzar la salvacion eterna, con ayuda de las buenas costumbres y de la observancia de los mandamientos. Terminadas las oraciones nos saludamos con un ósculo; luego se presenta al que preside la junta, pan y una copa de agua; lo toma, alaba y glorifica al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y les rinde acciones de gracias por los dones recibidos de ellos. Concluidas la oracion y las acciones de gracias, dicen en alta voz todos los asistentes, Amen; lo cual quiere decir en hebreo, Así sea. Posteriormente aquellos á quienes se llama diáconos, distribuyen el pan, el vino y el agua que han sido consagrados, y se lo llevan á los ausentes.

«Este alimento se denomina entre nosotros Eucaristia; no puede acercarse á él quien no cree en la verdad de nuestra doctrina, ni ha sido lavado para la remision de los pecados, ni vive segun los preceptos de Jesucristo; pues

no le tomamos como el pan ni como una bebida ordinaria, sino que así como por la palabra de Dios se encarnó Jesucristo, y por nuestra salvacion se hizo carne y sangre, del mismo modo este alimento santificado por la oracion de su Verbo se convierte en la carne, y la sangre de Jesucristo encarnado, y vendrá á ser nuestra carne y nuestra sangre por la transformacion que se opera. Esto es lo que acontece entre nosotros. Ademas los que pueden socorrer á los pobres; así estamos siempre unidos y á cada una de nuestras ofrendas bendecimos al Criador, en su hijo y en el Espíritu Santo.

«El día del sol, los que moran en la ciudad y en el campo se congregan en un mismo sitio, y cuando el tiempo nos lo permite, leemos los escritos de los apóstoles y de los profetas. En el momento en que cesa la lectura, pronuncia el que preside un discurso dirigido al pueblo, exhortándole á imitar ejemplos tan gloriosos; en seguida nos levantamos y hacemos nuestras oraciones, ofreciéndose luego como antes dije, pan, el vino y el agua. Rinde el prelado lo mejor que puede acciones de gracias con plegarias piadosas y responden todos: Amen. Se distribuye á todos los asistentes cosas consagradas, y se envian por conducto de los diáconos á los ausentes. Dan libremente los más ricos á los otros, y pagan cierta contribucion segun les place; lo que se recoge de esta manera se guarda por el prelado para auxiliar á los huérfanos, á las viudas, á los que por consecuencia de enfermedades ó de otras causas han venido á pobres, y para asistir á los encarcelados y á los extranjeros. En suma, debe hacer uso de aquel depósito en favor de todos los que padecen necesidades. Frecuentemente nos reunimos el día del sol, porque es el día en que Dios empezó la creacion del mundo, en que resucitó Jesucristo y se apareció á sus discípulos, para enseñarles lo que os exponemos.

«Si nuestros usos os parecen razonables, respetadlos; si os parecen inconvenientes, miradlos con desprecio; pero no condeneis por esto á muerte á personas que no causan ningun daño, porque os afirmamos que no os escapareis del juicio de Dios perseverando en semejante injusticia y por nuestra parte os diremos únicamente: ¡Cúmplase la voluntad de Dios!»

Complace oír exclamar á estos hombres ca-

lumniados: «Hubo un tiempo en que amamos los placeres licenciosos, ahora amamos la pureza; practicábamos las artes de la magia, ahora confiamos en la voluntad de Dios; procurábamos adquirir el bien ajeno por todos los medios, ahora son comunes los nuestros; nos aborreciamos unos á otros, ahora vivimos en familia y oramos por nuestros enemigos...» Muchos han adoptado un método regular de vida, despues de haber sido violentos y vanidosos.

Pero los cristianos tenian que padecer á causa de su virtud misma. Una mujer que se ha convertido no quiere secundar el libertinaje de su esposo; irritado éste acusa de su conversion á un tal Ptolomeo, que llevado ante Urbicio, prefecto de la ciudad, es condenado á muerte. Entonces un individuo llamado Lucio reconviene al prefecto porque envia al suplicio á un hombre sin ser adúltero, ladrón, ni homicida, diciendo que no puede ser tal la instruccion del emperador ni del Senado. Urbicio le pregunta si es tambien cristiano, y contestándole afirmativamente, pronuncia la sentencia capital en contra suya. Lucio le da gracias porque le liberta de este modo de los malos soberanos para enviarle á Dios, el mejor de los padres y de los reyes. Sobreviene un tercero que se confiesa cristiano y es condenado asimismo á morir con los otros.

Entonces fué cuando Justino hizo su segunda apologia, donde clama contra los procesos en que se arrancaba á mujeres, á niños y á esclavos, con el auxilio de horribles torturas, la confesion de supuestos delitos, y pide que se le permitan publicar las doctrinas cristianas á fin de que vean los hombres de juicio recto cuán superiores son á todas las demas filosofias. No aparece que produjeran la paz de la iglesia estos escritos, que el autor selló con su sangre.

Atenágoras dirigió tambien quejas á Marco Aurelio y á Lucio Vero porque sólo se negaba á los cristianos la tolerancia concedida á todos. «No se contentan los perseguidores, dice, con arrebatarnos nuestros bienes, sabiendo que renunciamos á ellos de buen grado; nos atacan en nuestra existencia con acusaciones que convienen mejor á los que nos las oponen. Convénzanos del menor desafuero y no rehuseremos el más cruel castigo. Pero todo lo que se nos ha imputado hasta ahora es simplemente

un rumor vago; jamás ha sido convicto de crimen ningun cristiano, y entre ellos no hay más perversos que los hipócritas.»

Especialmente les disculpa de tres delitos, y son el ateismo, el incesto, y los festines de carne humana. «Hallareis entre nosotros, prosigue, hombres de trabajo, mujeres honradas, que no podrian demostraros con palabras la verdad de nuestras doctrinas, sino con obras, la utilidad práctica de sus sentimientos. Su espíritu no les inspira razones, pero dan cima á buenas obras; se les maltrata y no lanzan un suspiro; aman á los demás como á sí mismos. ¿Nos esmerariamos tanto en ser buenos si no estuviéramos persuadidos de que Dios nos mira, y de que despues de la vida mortal nos aguarda más hermosa existencia? Nuestra esperanza en la otra vida nos induce á despreciar esta y á detestar hasta el pensamiento del pecado. Segun la diferencia de edades consideramos á los demas hombres como hijos, ó como hermanos y hermanas, ó como padres y madres. Preservando la pureza de aquellos á quienes tenemos por deudos, nos besamos con gran recato como quienes satisfacen un acto religioso; y si éste fuera manchado con el más mínimo deseo, nos privaria de la vida eterna. Cada uno de nosotros se casa para tener descendientes, é imita al agricultor que despues de esparcir la semilla en su campo, aguarda con paciencia el fruto. Hay algunos que envejecen en el celibato con la esperanza de unirse así á Dios más estrechamente. No nos es lícito oponernos al que nos ofende de obra ni de dejar de bendecir al que nos maldice, porque en vez de contentarnos con la justicia que refrena, debemos mostrarnos buenos y pacientes. ¡Y cómo puede creerse que comemos hombres! Tenemos criados que ven todo lo que hacemos y ninguno de ellos ha depuesto contra nosotros. ¿Cómo era posible que nosotros comiéramos hombres cuando ni aún podemos tolerar la vista de justas acusaciones, ni soportamos como vosotros á los gladiadores y á las fieras en los espectáculos del pueblo, ni creemos que exista diferencia entre el que asiste á la matanza y el que la comete, y tratamos de homicidios el aborto y la exposicion de los niños.»

Octavio y Cecilio, convertido el primero, todavia pagano el segundo, se habian dirigido

á Ostia, donde Minucio Félix, abogado famoso, se hallaba en su casa de campo. Paseándose una mañana en la playa vió Cecilio un ídolo de Serapis, y llevó su mano á la boca, besándola en señal de adoracion, segun costumbre, censuróle por ello Octavio, considerándolo como una puerilidad indigna de su nombre. Detuviéronse despues en la playa á contemplar unos niños que hacian rebotar guijarros en el agua, y Cecilio permaneció algo pensativo en razon de las palabras que le habia dirigido Octavio. Propusieron, pues, someter el asunto á una discusion entre ellos. Tal es el tema de un diálogo de Minucio Félix, que á veces exhala cierto perfume de platonismo. Cecilio sostiene á los dioses y la creencia antigua y general contra aquella gente nueva, mancillada con tan inmundas infamias y perseguida; pero los otros dos baten en brecha sus argumentos de tal modo, que acaba por declararse derrotado y convertido.

Quinto Septimio, Florente Tertuliano, natural de Cartago, reputado como el padre de la Iglesia más elocuente en la lengua latina, compuso una apología en favor de los cristianos, perseguidos á la sazón en Africa, demostrando, con motivo de la famosa carta de Trajano á Plinio, la injusticia que habia en castigarlos sólo á consecuencia de su nombre, en negarles la defensa y el ministerio de los abogados de que jamás se habia visto privado ningun presunto reo, en no aclarar los delitos confesados bajo el influjo de los tormentos y en no indagar la calidad, el tiempo y modo de los cómplices. «Así procedéis contra nosotros de una manera inusitada. Interrogais á los demas para saber si son delincuentes, y á nosotros para hacernos negar que lo somos. Un hombre dice, *soy cristiano*, y lo dice con verdad; tomáis asiento en el tribunal para arrancar la verdad de boca de los culpables, y sólo á nosotros quereis hacernos proferir lo que es mentira. Este método inverso del método ordinario, deberia, no obstante, haceros sospechar que sólo una fuerza secreta puede impeleros á obrar contra las leyes y contra los usos que donde quiera rigen en el foro. Cerca de los tiranos sirven para castigar los tormentos, y cerca de vosotros se emplean cuando se dice la verdad. Si la confesion tiene lugar antes de que se apele á los tormen-

tos, no se debe recurrir á ellos, basta pronunciar la sentencia. Os figurais que un cristiano se halla mancillado con toda clase de culpas, que es enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las buenas costumbres, de la naturaleza, y sólo le pedís una retractacion para declararle inocente. Esto es proceder contra las leyes.»

Despues de hacer resaltar la ilegalidad del procedimiento, clama contra lo irritante que es castigar á tan gran número de personas. «¿Qué hareis, dice, de millares de hombres, de mujeres de todas edades y condiciones, que tienden los brazos á vuestras cadenas? ¿Cuántas hogueras y cuchillas no necesitareis para su castigo? ¿Diezmareis á Cartago? Hasta osa remontarse á la fuente de la autoridad, diciendo que las leyes humanas no son infalibles, que unas son abolidas y se introducen otras. Para refutar la acusacion de comer niños, se rebela contra la costumbre de inmolárselos á Saturno, continuada en Africa hasta el proconsulado de Tiberio, que mandó atar á los sacrificadores á los árboles que prestaban sombra al templo. No obstante, si aquel uso habia cesado en público, todavía se practicaba secretamente. Recuerda los hombres inmolados á Mercurio por los galos; la sangre humana derramada en Roma en honor de Júpiter, cuando, por el contrario, los cristianos se abstienen de probar sangre cualquiera que fuese.

A la imputacion del sacrilegio, responde presentando en toda su desnudez el delirio del culto pagano, comparándole al de los cristianos. «Adoramos á un solo Dios que por su palabra, su espíritu, y su poder, sacó de la nada este universo con todo lo que le compone, es decir, con los elementos, los cuerpos y los espíritus, para que fuesen ornamento de su grandeza. ¿Quereis conocerle en sus obras? Teneis el testimonio de vuestra alma, que á despecho de la mala educacion, de las pasiones y de la sujecion á los falsos dioses, cada vez que despierta le llama con el sólo nombre de Dios, diciendo: ¡Oh gran Dios! ¡Oh buen Dios! Lo que á Dios plazca; Dios lo quiere; le encomiendo á Dios; Dios me lo concederá. Esta es una confesion del alma que no se dirige al Capitolio, sino al cielo. A fin de que tuviéramos de él y de su voluntad un conocimiento mas perfecto, nos

ha dado el socorro de las Santas Escrituras; porque en un principio envió á la tierra hombres dignos, por su santidad y su justicia, de conocerle y de hacer que por los demas fuera conocido. Llenos de su espíritu proclamaron que no hay más que un Dios, que crió todas las cosas, formó al hombre de la tierra, reguló el curso del mundo, dió preceptos cuya observancia fué un medio de serle grato, preceptos que vosotros ignorais ó habeis echado en olvido; un Dios, que al fin del mundo juzgará á los que le sirven para darles en premio la vida eterna, y condenará al fuego eterno á los impíos despues de hacer resucitar á los muertos. En un tiempo nos reimos de estas doctrinas y fuimos de vuestro partido; los hombres no nacen cristianos, llegan á serlo.»

En lo concerniente al delito de lesa majestad, responde asegurando que si los cristianos no manifiestan su adhesion por juramentos y bajezas, oran á lo ménos por el emperador, no á divinidades imaginarias, sino al verdadero Dios, á fin de que le otorgue larga vida, un reinado tranquilo, seguridad dentro de palacio, soldados valerosos, un Senado fiel, un pueblo virtuoso y la paz en todo el mundo. «Se honra poco al principe estableciendo lares y aderezando mesas en público, comiendo en medio de las calles y convirtiendo en taberna la ciudad toda. ¿No es posible dar muestras del público regocijo sino por medio de la vergüenza pública? ¿Seremos delincuentes porque consumamos los votos que haremos en favor del emperador con castidad, sobriedad y modestia; porque no cubrimos nuestras puertas con ramos de laurel, y porque nos abstenemos de encender lámparas á la luz del día, como se hace para señalar los sitios infames?

«Perseguidos obedecen los cristianos hasta cuando el pueblo se anticipa á las órdenes supremas, quitándoles la vida y violando hasta los cadáveres. No albergan ningun pensamiento de venganza; y sin embargo, *nacidos ayer ocupan las islas, las ciudades, las plazas fuertes, los campos, el palacio, el foro; no os dejamos más que vuestros templos. Siendo tan numerosos podemos hacer la guerra al gobierno ó abandonarle; pero nuestra creencia nos aparta de la ambicion y del derramamiento de sangre. No es verdad que por esto permanecemos inac-*

tivos; al revés, nos dedicamos al comercio, á la navegacion, á las artes, á la agricultura; pagamos los impuestos, y si no enriquecemos los templos, ni á mujeres perdidas, ni á astrólogos, tampoco damos que hacer á los tribunales.

«Bien sé que nuestras modestas comidas de la noche gozan de mala fama; no sólo como culpables, sino tambien por ser demasiado exquisitas; y sin embargo, nada se dice de los banquetes de tantas congregaciones paganas. Nuestra cena indica de donde trae su origen en su nombre agapa, que significa en griego caridad, es un alivio que brindamos á los pobres. Allí no se ven desórdenes ni vilezas. Sin haber orado al Señor nadie se sienta á la mesa; se come lo que se necesita, y no se bebe más que lo conveniente sin ofender la pureza. Se toma un alimento mesurado, como gentes que deben orar hasta de noche, y se habla como entre gentes que saben que Dios las mira. Despues de haberse lavado las manos y encendido las lámparas, todos son invitados á cantar las alabanzas de Dios, sacadas de los libros sagrados ó compuestas por algunos de nosotros. Con la oracion termina el banquete. Por último, nos separamos con modestia y recato. Tales son las asambleas de los cristianos; somos los mismos juntos ó separados; nadie es ofendido ni molestado por nosotros.

»Deberíase dar más bien el nombre de facciosos á los que conspiran contra los cristianos bajo el vano pretexto de que son causa de todos los públicos desastres. Si el Tiber sale de madre, si el Nilo no se desborda, si hay falta de agua, si tiembla la tierra, si sobreviene una carestía, una peste, se clama al punto: ¡Cristianos, á los leones! Dígaseme por favor si no han ocurrido semejantes y más numerosos males antes del reinado de Tiberio y de la venida de Jesucristo. Estos son efectos de la cólera de Dios justamente irritado contra los hombres culpables é ingratos. Y no obstante, cuando la sequía hace temer la esterilidad, sacrificais á Júpiter, frecuentando los baños, las hospederías y demas sitios de libertinaje. Nosotros procuramos ablandar al cielo con el auxilio de la continencia, de la frugalidad, de los ayunos, vistiéndonos con un saco, cubriendo de ceniza nuestras cabezas, y rendimos homenaje á Dios despues de haber alcanzado misericordia. Pero

no nos abaten estas desgracias, porque sólo abrigamos en este mundo el deseo de abandonarle lo más pronto que nos sea posible.»

Tertuliano acreditó asimismo toda su energía contra los espectáculos, especialmente contra los teatros, en extremo nocivos, tanto por su origen idólatras, como por los peligros inherentes á su índole, y por las pasiones que excitan entre los asistentes. Trata de diferentes casos de idolatría, así como del tocado de las mujeres, del martirio, del bautismo, de la penitencia, de la oración, reprobando siempre los abusos y las supersticiones. Su libro *De las prescripciones*, es una obra de grande autoridad; combate en ella á los herejes con razones legales, como incapaces de ser admitidos á discutir sobre las Santas Escrituras, en atención á que no las conocen. Les confunde recordándoles que han nacido el día antes, á la par que la iglesia fué lo que fué enseñado por los apóstoles y por las iglesias de que fueron fundadores.

A pesar de todo se puede censurar á Tertuliano por apasionarse demasiado de sus opiniones, por ser demasiado absoluto aun con sus grandísimos conocimientos, y por haberse dejado llevar de los errores de los montanistas, que estaban en relación con la severidad de su talento. Esforzando entonces sus doctrinas hasta el exceso, negó que fuera lícito sustraerse á la persecución con la fuga; multiplicó los ayunos obligatorios, y no quiso que los que habían caído en la impureza fueran admitidos á la penitencia. Perseveró en estos errores hasta el punto de hacer dudar de su salvación.

Enteramente puro del simbolismo de los orientales y en un todo positivo, es en sus obras grave, austero, si bien incorrecto y á la vez afectado en el estilo como en el pensamiento, fatigoso por exceso de abundancia, oscuro por exceso de precisión.

Cecilio Cipriano, natural de Cartago, tan apasionado como Tertuliano, procede, no obstante, con más mesura; y no se sabe si domina más en sus obras la gracia ó lozanía. Escribió gran número de ellas con dulce y límpida abundancia, contribuyendo quizá más que otro alguno á separar estas dos cosas: la fé y el examen, la relación y el raciocinio, cuya mezcla produce el avasallamiento ó el error del entendimiento; mientras que su distinción abre al

espíritu humano el campo de lo infinito, haciéndole pasar del símbolo á la realidad. Impugna especialmente en sus tratados de *Vanitate idolatrie*, y de *Unitate Ecclesie*, el antiguo culto y los modernos cismas, estableciendo la unidad de la fé en la unidad de la cátedra romana. Sabedor de que el papa iba á hacer concesiones al cismático Felicísimo, le escribía de este modo: *Carísimo hermano, un obispo puede ser muerto, pero no vencido. Abrazo, pues, tiernamente al que manifiesta verdadero arrepentimiento; pero si alguno piensa en hacerse abrir las puertas por el terror, sepa que el campamento de Cristo no se toma con amenazas.* Lleno de ardor y de sentimiento, tiene, en concepto de Fenelon, una grandeza y una vehemencia que remedan á Demóstenes. También se descarrió por la senda del error, si bien redimió su falta con un generoso martirio.

Arnobio era también africano. Después de sustentar por largo tiempo el paganismo, se declaró vencido y se rindió á la Iglesia, que le instó á emplear contra la idolatría la influencia de su palabra, y dirigiéndose en sus siete libros *contra los gentiles*, (303) á los hombres instruidos, capaces de juzgar las nuevas creencias y las antiguas, hizo de éstas la refutación más completa. Difuso y aderezado como un hábil retórico, sin ser profundo en el conocimiento de la verdad, rara vez cita el Nuevo Testamento, el antiguo nunca; por lo demás, emplea cuanta fuerza le asiste para confundir á la idolatría y á los que pretendían que «desde el cristianismo había perecido el mundo, y que el género humano había sido presa de todos los males.»

Su mérito consiste en haber formado otro poderoso campeón del cristianismo; este es Lactancio, quien fué encargado por Constantino de iniciar á Crispo, su hijo, en las ciencias que había aprendido en Asia. Tiene más imaginación oratoria que verdad histórica en su pequeño tratado *De la muerte de los perseguidores*. Cuando en el momento en que la verdad era refutada con la cuchilla, vió levantarse dos filósofos para desacreditarla con sus libros, concibió tanta indignación que se propuso impugnar no sólo á aquellos dos adversarios, sino á todos los enemigos de la religión cristiana. Esto hizo en sus *Instituciones divinas*, publicadas á

finis del reinado de Constantino. Débil teólogo, combate los errores, sin que sepa evitarlos, y es ménos notable por una elocuencia elevada que por lo selecto de la expresión; por eso, aun siendo el más elegante de los autores eclesiásticos latinos, dista bastante de merecer el título de Cicerón cristiano. Bien lejos de participar de la indignación de Julio Firmico que reclamaba sobre la idolatría el rigor de las leyes, proclamó que la religión es la cosa más espontánea y más libre. *Lejos de nosotros la idea de vengarnos de nuestros perseguidores; quede para Dios este cuidado. La sangre de los cristianos caerá gota á gota sobre la cabeza de los que la han vertido.*

Ya en tiempo de Marco Aurelio se hace mención de una iglesia cristiana fundada en Alejandría en oposición de la academia pagana. Tenía por objeto formar defensores de la verdad; pero no adquirió importancia hasta fines del segundo siglo, cuando el estóico Panseno, convertido á la fé, dirigió la escuela de *las palabras sagradas*, y enseñando desde lo alto de una cátedra cristiana las doctrinas metafísicas de Museo, pensó antes que otro alguno en reducir la religión á sistema.

Tuvo por sucesor á Clemente de Alejandría (muerto en 217), versadísimo en la filosofía de Platon, y cuyas principales obras son el *Pedagogo* y *Estromatos*. En la primera, que es un compendioso resumen de la moral cristiana para uso de los catecúmenos, desciende á las más mínimas reglas de la vida y del vestido. Quiere que éste sea blanco, sin color ni flotantes pliegues, y más cuidado entre las mujeres; éstas deben ir calzadas y los hombres descalzos; prohíbe el oro y las pedrerías, teñirse el rostro y los cabellos, así como el exceso de adornos, el gran número de esclavos, especialmente de eunucos, de enanos y de monstruos, y alimentar á muchos animales en vez de dar pan á los pobres. No quiere que se frecuenten los baños, y ménos cuando son comunes á los dos sexos; y recomienda ejercitar las fuerzas corporales en la lucha, en el juego de pelota, en el paseo, y más todavía en las ocupaciones domésticas, en sacar agua, en cavar, en cortar leña. Proscribe los dados y demás juegos de gentes ociosas, el circo y el teatro, así como los saludos en alta voz en medio de la calle, para no darse á conocer inútilmente á los infieles.

Su otra obra los *Estromatos* es una colección de nociones variadas, y sin trabazón alguna sobre la historia, á propósito de la cual nos ha conservado interesantes pormenores que no se encuentran en ninguna otra parte; sobre la lógica, es decir, sobre la distinción de la fé y de la ciencia, y sobre las reglas de la argumentación, sobre la teoría, allí pesa filosóficamente la doctrina evangélica y la certidumbre de los conocimientos humanos.

En su *exhortación á los gentiles* acomete la empresa de probar que en cada siglo la unidad de Dios y las verdades más capitales fueron profesadas por los filósofos y por los poetas, y que las han sacado del pueblo hebreo, lo cual sostiene con grande aparato de ciencia. A veces es elocuentísimo al desenvolver sus pensamientos.

Fulminando enérgicamente la invectiva contra el paganismo, dice: «Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios y haré conocer á los contempladores de la verdad los prestigios ocultos en vuestros secretos ritos... ¡Qué exceso de imprudencia! Hubo un tiempo en que la noche escondía entre sus sombras los deleites de los hombres moderados; ahora, consagrada á la incontinencia, revela las infamias de los iniciados, y las antorchas iluminan la pasión y el vicio... Cántanos, Homero, tu magnífico himno; los amorosos hurtos de Marte y Venus. Pero no, enmudece, no es magnífico el canto que enseña la idolatría. No queremos que se mancillen nuestros oídos escuchando palabras de fornicación y de adulterio... Vuestros dioses, crueles é implacables respecto de los hombres, no sólo oscurecen su espíritu, sino que se complacen en ver correr su sangre en las feroces luchas del circo y de la arena, en las batallas mortíferas donde se invoca su nombre, en los sacrificios que exigen de las ciudades y de los pueblos. Aristómenes inmola en la Mesenia una triple hecatomba de hombres al Júpiter de Itoma, y entre el número de las víctimas se cuenta Teopompo, rey de Lacedemonia. Los habitantes del Chersoneso Táurico inmolan á su Diana todos los naufragos que abordan á sus playas, y en una tragedia de Eurípides son celebrados estos sacrificios. Mónimo cuenta que en Palla de Tesalia se sacrificaba un agheo á Peleo y á Chiron; Anticles y Dosidas dicen que los licios, oriun-